

Un día el Señor me llamó a mí, sordo, para que me hiciera religioso hermano de San Gabriel. A ejemplo de Pablo que se hizo “*judío con los judíos*” yo me hice sordo con los sordos. Después de 60 años pasados en la “sordera” mi in culturización está aún inacabada. El sordo para mí, permanece un misterio.

Ya era un signo del anuncio de la llegada de los tiempos mesiánicos: “*Ved, es vuestro Dios quien viene a salvaros. Entonces... los sordos oirán*” Is 35, 4 -6. “*¿Eres tú quien ha de venir?*” es la pregunta de Juan Bautista a la que responde Jesús: “*Id a decid a Juan:..., los sordos nos oyen.*” Lc 7, 22 Con Jesús el futuro se hace presente.

“Los sordos oyen”. Ciertamente, Jesús ha hecho oír a muchos y no solamente aquel que aparece en el Evangelio de Marcos, Mc 7, 31 – 37. Hay que comprender también que Jesús viene a curar la sordera espiritual: “*que oiga quien puede oír*”.

Fijémonos en el sordo del Evangelio. El milagro no es automático. Para que tenga lugar al menos hay que realizar una pequeña progresión de fe: llamar a Jesús, presentarse a él, tocarlo. Pero el sordo ¿cómo puede hacer este recorrido si él no ha oído hablar de Jesús?. Este es un problema de todos los tiempos. De hecho, el sordo del Evangelio no viene por sí mismo: “*Le presentan un sordo... y le ruegan imponga la mano sobre él*”.

Dios ama los retos. Él puede hacer todos los milagros que quiera, pues “*nada es imposible para Dios*” Mc 10, 27. Pero su desafío es tocar el corazón del ser humano. Y tocar el corazón de alguien sordo ¿qué mayor reto? Es un reto de amor. Effatá del Evangelio, se le responde con el Cantar de los Cantares: “*Ábreme hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía*”. Ct 5, 2. ¿Por esto Jesús hace toda esta pantomima? Yo me pongo en lugar del sordo del Evangelio: Jesús me toma a parte, pone sus dedos en mis oídos, con su salida toca mi lengua, levanta los ojos al cielo, suspira... ¿Cómo no iba estar yo tocado?

El cura de l'Épée, el gran profesor de los sordos-mudos del siglo XVIII, decía que había que “hacer subir por la ventana lo que no puede entrar por la puerta”, es decir, hacer pasar por los ojos lo que no puede pasar por las orejas. La vista, pero también el tacto. Jesús emplea los dos. El sordo del Evangelio está por lo tanto tocado de verdad, pero ¿hay fe? En adelante oye, puede escuchar lo que dice Jesús y creer en él. San Pablo dice: “*¿cómo lo van a invocar, si no han creído en él? ¿Y cómo van a creer, si no han oído hablar de él? ¿Y cómo van a oír, si nadie les anuncia el mensaje?... Así pues, la fe resulta de oír el mensaje, y el mensaje llega por la palabra de Cristo*” Rm 10, 14 - 17. Pero los demás sordos, los que no han oído ¿cómo harán para tener fe? ¿La Palabra les tocará, llegará a ellos?. Ellos me parecen estar en el fin del mundo.

A falta de oír, los sordos tienen una capacidad visual, particularmente impresionante. No es sólo una compensación, sino el desarrollo óptimo de una actitud que sordos y oyentes todos tenemos. El sordo es sensorialmente un despertado o como se dice de Buda un “iluminado”. Pero desde el punto de vista de la fe, es un “dormido”.

Los sordos en el tiempo de Jesús podían verle si ponían atención. Ellos no tenían la fe, sin embargo veían simplemente un hombre bueno que pasaba haciendo el bien. El mensaje evangélico no les tocaba verdaderamente. Entonces ¿qué es lo que Dios ha previsto para ellos? Pues ciertamente, Dios lo ha previsto todo.

Durante 50 años, yo creí que los sordos podían realmente convertirse en buenos cristianos, un poco formalistas, creyentes por tradición y que algunos podían convertirse en buenos religiosos. Esperar me parecía imposible, esperar más, claro! Qué choque para mí ver en la Jornada Mundial de la Juventud 1997 en París jóvenes sordos creyentes hasta la médula, fuertemente comprometidos en los procesos de fe. No! jamás hay que desesperar de Dios. “Maestro de lo imposible”.

Hay un segundo aspecto en este misterio del sordo. Es como la cruz y la cara de una misma moneda, aquellos a quien se llamaban antes “sordomudos” tienen otra gran particularidad: su lenguaje de signos. Desde hace tiempo trato de profundizar desde el punto de vista lingüístico y, maravillado, constato que jamás llegaré a conocer sus límites. Es como si Dios se hubiese divertido en compensar nuestro súper-obstáculo por una súper-lengua. Súper, es por ejemplo, cuando se ve a sordos extranjeros, de no importa que país, llegar a comprenderse sin necesidad de lenguas vernáculas de sus países respectivos. Es Babel pero al contrario.

Para el signo “escuchar”, nosotros no ponemos la mano en la oreja sino en el ojo, pues nosotros escuchamos por la vista. Para “Palabra de Dios”, nosotros no señalamos “Dios-habla-por-la-boca” sino “habla-por-medio-de-signos”. “Escuchar la Palabra de Dios” se convierte así, para nosotros en una expresión totalmente personal. De alguna forma nos apropiamos de la Palabra. Pero ¿no es eso precisamente lo que Dios quiere, que nos apropiemos de su palabra? ¿No es ese el sentido de: “*Y el Verbo se hizo carne*”?

Nuestro lenguaje de signos, es un lenguaje visual, fundamentalmente basado en la imagen. Pero, ¿no es verdad que Dios habla por imágenes? Si, al recorrer la Biblia, nosotros nos encontramos con este “bosque de símbolos”: el árbol del bien y del mal, el arco iris de Noe, las estrellas de Abraham, la escala de Jacob, la zarza encendida de Moisés, la nube, el maná, etc. Pero el hombre es imagen: “*Hagamos al hombre a nuestra imagen*” dijo Dios.

Y Jesús habla en parábolas, palabra que nosotros traducimos por el signo “Historia-imagen”. En la parábola del sembrador por ejemplo, nos da que ver. Pero nuestra lengua de los signos da también algo que ver. Por nuestras manos, la imagen visual se construye: El hombre que sale a sembrar, los cuatro campos, los pájaros que picotean,... la parábola se convierte en algo vivo.

Conocemos los bellos iconos como el de la Trinidad de Roublev. La parábola ¿no es como un icono, una imagen de la realidad divina que Dios mismo pinta por su parte para nosotros? Pero este icono divino, nos lo hace aparecer de nuestro lado, para nosotros con nuestras palabras, las nuestras o por la pintura. Por nuestros signos. El dedo del hombre trata de llegar exactamente hasta el dedo de Dios.

He aquí quizá la respuesta a esta cuestión que me angustia: ¿Qué es lo que Dios ha previsto para permitirnos a nosotros sordos acceder a la Palabra y a la fe?... ¿No es el sentido de Effata de Jesús? Jesús no dice: “yo te abro” (a los sonidos, a la palabra); sino, curiosamente, a aquel que no oye todavía, a ese le dice: “*ábrete*”, es decir, quizá “tú llevas en ti los medios de oír mi Palabra”.

Esta Palabra al fin oída, nos hace transmitirla. Hace falta que nosotros los sordos seamos mensajeros de la Buena Noticia, en toda lengua - incluida la lengua de los signos. Qué mensaje de esperanza broto de nuestro encuentro que tuvo lugar en mayo del 2003 en la Universidad de Lovaina sobre el tema de “El Evangelio anunciado por los sordos”. Había allí tres sacerdotes sordos y una mujer sorda pastora...

Jesús antes de su ascensión al cielo, dijo a sus discípulos: “*Id pues por todas las naciones y haced de ellas discípulos míos*”. ¿A todas las naciones? Por lo tanto también al pequeño pueblo sordo. Era Pablo quien decía: “¿cómo creer sin oír?” Y añade: “*por lo tanto yo pido: ¿no habrá forma de oír? Y sin embargo su voz, se ha proclamado por toda la tierra y sus palabras hasta el fin del mundo*”. Sí, hasta este fin del mundo en el que nos encontramos, nosotros los sordos.

El Señor en su inmenso amor ha previsto todo. Alabemos a Dios.